

tra, no sería para mí gran trabajo andar el camino todo en un día natural.» El Emperador le dijo: «Mi buena señora, por mas contento me tengo de haber ganado vuestro amor é buena voluntad que gran parte de mi señorío; y pues por vuestra virtud á ello me habeis convidado, no se os olvide lo que me prometistes; que si en mi corazón é voluntad está asentado de lo agradecer con todas mis fuerzas, vos muy mejor que yo lo sabeis.» Urganda le dijo: «Mi señor, yo os veré en tiempo que por mí os será restituido el primer fruto de vuestra generacion.» Entonces miró contra Amadís, que no habia habido tiempo de le poder hablar, é dijole: «Pues vos, noble caballero, no se debe perder el abrazo, aunque, según la favorable fortuna en tanta grandeza os ha ensalzado é puesto en la cumbre, ya no ternéis en mucho los servicios é placeres de los que poco podemos; porque estas mundanales cosas muy prestamente, siguiendo la orden del mundo, con pequeña causa é aun sin ella podrian variar. Agora que os parece que mas sin cuidado podréis pasar vuestra vida, especial teniendo la cosa del mundo por vos mas deseada en vuestro poder, sin la cual todo lo restante vos fuera causa de dolorosa soledad; agora es mas necesario sostenerlo con doblado trabajo; que la fortuna no es contenta cuando en semejantes alturas fiere é muestra sus fuerzas, porque muy mayor mengua y menoscabo de vuestra gran honra sería perderlo ganado, que sin ello pasar antes que ganado fué.» Amadís le dijo: «Segun los grandes beneficios que de vos, mi buena señora, yo tengo rescebidos, con el gran amor que siempre me tovistes, aunque para la satisfacción de mi voluntad muy poderoso me fallase, muy pobre me sentiria para lo poner en las cosas que á vuestra honra tocasen, que por vos me fuesen mandadas; que no puede ser ello tanto, aunque el mundo fuese, que mucho mas no sea razon de lo aventurar en lo que digo.» Urganda le dijo: «El gran amor que vos tengo me causa decir desvarios é dar consejo donde menester no es.»

Entonces llegaron todos aquellos caballeros é la saludaron, é dijo á don Galaor: «A vos, mi buen señor, ni al rey Cildadan no digo agora nada, porque yo moraré aqui con vos algunos dias, y ternemos tiempo de hablar.» E volviéndose á sus enanos, les mandó que se tornasen á la Gran Serpiente, é trajesen en una barca un palafren, y sendos para sus donceles; lo cual fue luego fecho. Los reyes y señores tenían sus caballos alejados de allí; que el temor de aquella fiera bestia no les daba lugar que á ellos se llegasen, é dejaron allí hombres que la pusiesen en el palafren, y ellos se fueron á pié á tomar los suyos. Ella les dijo que les rogaba mucho que hobiesen por bien que ninguno la llevase sino aquellos dos donceles sus enamorados; así se hizo, que todos fueron delante al castillo, y ella á la postre con su compañía; é andovieron fasta llegar á la huerta donde las reinas estaban é señoras grandes, que no quiso posar en otra parte. E antes que con ellas entrase dijo contra Esplandian: «A vos, muy fermoso doncel, encomiendo yo este mi tesoro que lo guardéis; que en gran parte no se fallaría tan rico.» Entonces le entregó los donceles por la mano y entróse en la huerta, donde fué de todas tan bien recibida cual

nunca mujer en ninguna parte lo fuera. Cuando ella vió tantas reinas, tantas princesas, é infinitas otras personas de gran estima é valor, mirólas á todas con mucho placer é dijo: «Oh corazón mio! ¿qué puedes de aquí adelante ver, que causa de gran soledad no te sea, pues en un día has visto los mejores é mas virtuosos caballeros é mas esforzados que en el mundo fueron, é las mas honradas y hermosas reinas y señoras que nunca nacieron? Por cierto puedo decir que de lo uno é otro es aquí la perfeccion; é aun mas digo, que así como aquí es junta toda la gran alteza de las armas é la beldad del mundo, así es mantenido amor con la mayor lealtad que lo nunca fué en ninguna sazón.» Así se metió en la torre con ellas, é demandó licencia á las reinas para que pudiese posar con Oriana é con las que con ella estaban, las cuales la subieron luego á su aposentamiento. Pues metidas en su cámara, no podia partir los ojos de mirar á Oriana, é á la reina Briolanja, é á Melicia, é Olinda, que á la fermosura destas ninguna se igualaba, é no facia sino abrazar á la una é á la otra; así estaba con ellas como fuera sentido, de placer; y ellas le hacian tanta honra como si señora de todas fuese.

CAPITULO XLIII.

Cómo Amadís hizo casar á su primo Dragonis con la infanta Estrelleta, y que fuese á ganar la Profunda Insola, donde fuese rey.

Agora dice la historia que Dragonis, primo de Amadís y de don Galaor, era un caballero mancebo muy honrado y de gran esfuerzo, así como lo mostró en las cosas pasadas, especial en la batalla que el rey Lisuarte hobo con Galvanes é sus compañeros sobre la insola de Mongaza, donde este caballero, despues que don Florestan é don Cuadrante, é otros muchos nobles caballeros fueron feridos y presos por don Galaor, y el rey Cildadan, é Norandel, é por toda la gran gente de su parte que sobre ellos cargó, é don Galvanes llevado á la dicha insola muy mal ferido, quedó con los pocos que de su parte quedaron, é con los caballeros que de su padre allí tenia, por escudo é amparo de todos ellos, donde por causa de su discrecion é buen esfuerzo fueron reparados, así como mas largo el tercero libro desta historia lo cuenta. Este no se falló en la insola Firme al tiempo que Amadís hizo los casamientos de sus hermanos é de los otros caballeros que ya oistes, porque desde el monesterio de Luvaina se fué con una doncella, á quien él de antes habia prometido un don. E combatióse con Angrifo, señor del valle del Fondo Piélagos, que preso tenia al padre della, por haber dél una fortaleza que á la entrada del valle tenia; é Dragonis hobo con él una cruel é gran batalla, porque aquel Angrifo era el mas valiente caballero que en aquellas montañas donde él moraba se podia fallar; pero al cabo fué vencido por Dragonis como hombre que se á derecho combatia, é sacó de su poder al padre de la doncella, é mandó Angrifo que dentro de veinte dias fuese en la insola Firme, y se pusiese en la merced de la princesa Oriana; é porque se falló cerca de la insola de Mongaza, quiso ver á don Galvanes é á Madasima, y estando con ellos, llegó el

mensajero del rey Lisuarte á los llamar para llevarlos á la insola Firme, así como lo prometiera á Agrájes; é fué con ellos á Vindilisora, donde fueron con mucho amor é grande honra recibidos; é desde allí se fueron con el Rey é con la Reina á la insola Firme, como ya oistes, donde falló Dragonis el concierto de los casamientos y el repartimiento de los señoríos, como es contado, de que hobo gran placer, é loaba mucho lo que Amadís, su primo, habia fecho, é aparejábese cuanto podia para ser en aquella conquista, que bien creido tenia que se no podia acabar sin grandes fechos de armas; pero Amadís, como le amase de todo su corazón, consideró que mucha sinrazon sería é gran vergüenza suya si tal caballero quedase sin gran parte de lo que él habia ayudado con tanto trabajo á ganar, é un día apartándole por aquella huerta, así le dijo: «Mi señor é buen primo, aunque vuestra juventud é gran esfuerzo de corazón, deseando acrecentar honra en las grandes afrentas, vos quite deseo de mas estado y reposo del que hasta aquí tovistes, la razon, á quien todos obligados somos de nos llegar, como fuere principal donde la virtud mana, y el tiempo que se os ofrece, quieren que vuestro propósito mudado sea, é sigais el consejo de mi poco saber é gran voluntad, que así como á mi propio corazón vos ama. Yo he sabido cómo al tiempo que socorrimos en Luvaina al rey Lisuarte con los que de los contrarios al principio fuyeron, fué el rey de la Profunda Insola, que ferido estaba; agora sé por un escudero del rey Arábigo, que es aquí venido, cómo entrando en la mar luego fué muerto; pues aquella insola donde él fué señor tengo yo por bien que sea vuestra, é della seais llamado rey; é á Palomir, vuestro hermano, se le quede el señorío de vuestro padre, y seais casado con la infanta Estrelleta, que, como sabeis, viene de ambas partes de reyes, é á quien Oriana mucho ama; y esto tengo por bueno é me place que se haga, porque mas quiero forzar vuestra voluntad sometiéndola á la razon, que yo pasar tal vergüenza en no haber vos, mi buen primo, parte del bien que Dios me ha dado, así como vos mas que otro alguno dél mal habido lo ha.» Dragonis, como quiera que su deseo fuese de ir con don Bruneo é don Cuadrante á les ayudar con su persona fasta que aquellos señoríos hobiesen, é si de allí vivo quedase, de se pasar á las partes de Roma, buscando algunas aventuras, y estar alguna temporada con el rey de Cerdeña, don Florestan, por le ver é saber si le habia menester para alguna cosa, como hombre que en tierra extraña se fallaba, é de allí tornarse á ver á Amadís á la insola Firme ó donde estoviese; y pensaba que en estos caminos mucha honra é gran fama podría ganar ó morir como caballero, veiendo con el amor tan grande que Amadís aquello le dijo, hobo gran empacho de le responder otra cosa, sino que lo remitía todo á su voluntad, que en aquello y en todo lo que le mandase le sería obediente; así que, luego fué desposado con aquella infanta, y señalada para él la Profunda Insola que ya oistes, de que luego se llamó rey é lo fué con muy gran honra, como adelante se dirá. Esto así fecho, como ois, Amadís demandó al rey Lisuarte el ducado de Bristoya para don Guilan el cuidador, que lo él mu-

cho amaba, y se casase con la Duquesa, que él tanto amaba, y que él le entregaria al Duque que allí tenia preso. El Rey, así por su amor de Amadís, como porque tenia muchos cargos é grandes de don Guilan, é porque el Duque le habia sido traidor, otorgó de buena voluntad. Amadís le besó las manos por ello, é don Guilan gelas quiso besar á él; mas Amadís no quiso, antes lo abrazó con grande amor; que este fué el caballero del mundo de su tiempo que mas comedido é mas manso é humano fué con sus amigos.

CAPITULO XLIV.

Cómo los reyes se juntaron á dar orden en las bodas de aquellos grandes señores y señoras, é lo que en ello se hizo.

Los reyes se tornaron á juntar como de ante, é concertaron las bodas para el cuarto día, y que durasen las fiestas quince dias, en cabo de los cuales todas las cosas despachadas fuesen para se tornar á sus tierras. Venido el día señalado, todos los novios se juntaron en la posada de Amadís, y se vistieron de tan ricos y preciados paños como su gran estado en tal auto demandaba, é asimesmo lo hicieron las novias; é los reyes é grandes señores los tomaron consigo, é cabalgando en sus palafrenes, muy ricamente guarnidos, se fueron á la huerta, donde fallaron las reinas é novias asimesmo en sus palafrenes; pues así salieron todos juntos á la iglesia, donde por el santo hombre Nasciano la misa aparejada estaba. Pasado el auto de los matrimonios é casamientos con las solenidades que la santa Iglesia manda, Amadís se llegó al rey Lisuarte é dijole: «Señor, quiero demandaros un don que os no será grave de lo dar.—Yo lo otorgo, dijo el Rey.—Pues, Señor, mandad á Oriana que antes que sea hora de comer pruebe el arco encantado de los leales amadores, é la cámara defendida, que hasta aquí con su gran tristeza nunca con ella acabar se pudo, por mucho que ha sido por nosotros suplicada y rogada; que yo fio tanto en su lealtad y en su gran beldad, que allí donde há mas de cien años que nunca mujer, por extremada que de las otras fuese, pudo entrar, entrará ella sin ningún detenimiento; porque yo vi á Grimanesa en tanta perfeccion como si viva fuese, donde está hecha por gran arte con su marido Apolidon, é su gran fermosura no iguala con la de Oriana; é en aquella cámara tan defendida á todas se hará fiesta de nuestras bodas.» Y el Rey le dijo: «Buen hijo, señor, liviano es á mi cumplir lo que pedis; mas he recelo que con ello pongamos alguna turbacion en esta fiesta, porque muchas veces contece, é todas las mas la grande afición de la voluntad engañar los ojos, que juzgan lo contrario de lo que es; é así podría acaescer á vos con mi hija Oriana.—No tengais cuidado deso, dijo Amadís; que mi corazón me dice que así como lo digo se cumplirá.—Pues así os place, así sea,» dijo el Rey. Entonces se fué á su hija, que entre las reinas é las otras novias estaba, é dijole: «Mi hija, vuestro marido me demandó un don, é no se puede cumplir sino por vos; quiero que mi palabra hagais verdadera.» Ella fincó los hitos delante dél y besóle las manos, é dijo: «Señor, á Dios plega que por alguna manera venga causa con

que os pueda servir, é mandad lo que os ploguiere, que así se fará si por mí cumplir se puede.» El Rey la levantó é la besó en el rostro, é dijo: «Hija, pues conviene que antes de comer sea por vos probado el arco de los leales amadores é la cámara defendida; que esto es lo que vuestro marido me pide.»

Cuando esto fué oído de toda aquella gente, á muchas plogo de ver que la prueba se ficiere, é á otras puso gran turbacion; que, como la cosa tan grave de acabar fuese, y tantas y tales en ella habian fallecido, bien pensaban que la gloria que acabándola se alcanzaba, que en ella falliescindo, se aventuraban menoscabo y vergüenza; mas, pues que vieron que el Rey lo mandaba é Amadís lo demandaba, no quisieron decir sino que se ficiere. Pues así como estaban salieron de la iglesia, é cabalgando llegaron al marco donde allí adelante á ninguno ni á ninguna era dada licencia de entrar, si dínos para ello no fuesen. Pues allí llegados, Melicia é Olinda dijeron á sus esposos que tambien querian ellas probar aquella aventura, de lo cual gran alegría en los corazones dellos vino, por ver la gran lealtad en que se atrevian; pero temiendo algun revés que venir les podiese, dijéronles que ellos estaban bien contentos é satisfechos en sus voluntades; é por lo que á ellos tocaba no tomasen en sí aquel cuidado. Mas ellas dijeron que lo habian de probar; que si en otra parte estoviesen, con alguna razon se podrían excusar dello; mas allí, donde ninguna bastaba, no querian que pensasen que por lo que en sí habian sentido lo habian dejado. «Pues que así es, dijeron ellos, no podemos negar que no recibimos en ello la mayor merced que de ninguna otra cosa que venir nos podiese.» Esto dijeron luego al rey Lisuarte é á los otros señores. «En el nombre de Dios, dijéron ellos, é á él plega que sea en tal hora, que con mucho placer se acreciente la fiesta en que estamos.» Allí descabalgaron todos é acordaron que entrasen delante Melicia é Olinda; é así se fizo, que la una tras la otra pasaron el marco, é sin ningún entrelado fueron so el arco y entraron en la casa donde Apolidon é Grimanesa estaban; é la trompa que la imágen encima del arco tenia tañió muy dulcemente; así que todos fueron muy consolados de tal son, que nunca otro tal vieran, sino aquellos que ya lo habian visto é probado. Oriana llegó al marco é volvió el rostro contra Amadís é paróse muy colorada; é tornó luego á entrar, y en llegando á la mitad del sitio, la imágen comenzó el dulce son; é como llegó so el arco, lanzó por la boca de la trompa tantas flores é rosas en tanta abundancia, que todo el campo fué cubierto dellas; y el son fué tan dulce é tan diferenciado del que por las otras se fizo, que todos sintieron en sí tan gran deleite, que en tanto que durara tovieran por bueno de no partirse de allí; mas como pasó el arco, cesó luego el son. Oriana falló á Olinda é á Melicia, que estaban mirando aquellas figuras é sus nombres, que en el jaspe hallaron escritos; é como la vieron, fueron con mucho placer contra ella, é tomáronla entre sí por las manos é volviéronse á las imágenes; é Oriana miraba con gran afición á Grimanesa, é bien veía claramente que ninguna de aquellas, ni de las que fuera estaban, no era tan hermosa como

ella; é mucho dudó en la prueba de la cámara, que para haber de entrar en ella la habia de sobrar en hermosura; é por su voluntad dejárase de la probar, que de lo del arco nunca en sí puso duda; que bien sabia el secreto enteramente de su corazon, cómo nunca fuera otorgado de amar sino á su amigo Amadís.

Así estovieron una pieza, y estovieran mas, sino por ser el día tal, que las esperaba; é acordaron de salirse así todas tres juntas como estaban, tan contentas é tan lozanas, que á los que las atendian é miraban les pareció que habian gran pieza acrecentado en sus hermosuras, é bien cuidaron que cualquiera de ellas era bastante para acabar la aventura de la cámara; y esto causó, como digo, la gran alegría que en sí traian; que así como con ella toda hermosura es crecida, así, al contrario, con la tristeza se aflige é abaja. Sus tres maridos, Amadís é Agrájes é don Bruneo, que aquella aventura habian acabado, como ya el segundo libro desta historia vos lo ha contado, fueron contra ellas, lo cual ninguno de los que allí estaban podieran hacer; é como á ellas llegaron, la trompa comenzó el son é á echar las flores, que les daban sobre las cabezas, é abrazáronlas é besáronlas, é así todos seis se salieron. Esto hecho, acordaron de ir á la prueba de la cámara, mas algunas habia que gran recelo llevaban de lo no poder acabar. Pues llegando al sitio que en la sala del castillo estaba, Grasinda se llegó á Amadís é dijo: «Mi señor, como quiera que mi hermosura me ayude tanto que el deseo de mi corazon cumplir se pueda, no puedo forzar mi locura á que no desee probarse en esta entrada; que ciertamente nunca esta lástima de mí en ningún tiempo será partida, si se acaba sin que la pruebe; é como quiera que avenga, todavía me quiero aventurar.» Amadís, que en al no estaba pensando, sino en que todas la probasen antes que su señora, porque complida gloria sobre todas llevase, que della duda ninguna tenia de la no poder acabar, como de las otras tenia, le respondió é dijo: «Mi buena señora, no lo tengo yo esto que decis sino á grandeza de corazon en querer acabar lo que tantas hermosas han faltado, é así se haga.» Entonces la tomó por la mano é la pasó adelante, é dijo: «Señoras, esta señora muy hermosa se quiere aquí probar, é así lo debéis hacer vosotras, señoras Olinda é Melicia; que á gran poquedad se debria tener, habiendo Dios repartido sobre vosotras tan extremada hermosura, que en cosa tan señalada por ningún temor la dejádesed de emplear, é podrá ser que por alguna de vos será acabada, é quitaréis á Oriana del gran sobresalto que tiene.» Esto decia él en lo público, mas todo era fingido; que bien sabia él, como dicho es, que por ninguna dellas se podia acabar sino por su señora, que nunca Grimanesa en su tiempo, ni después á otra ninguna con muy gran parte, pudo llegar á la hermosura suya. Todas dijeron que así se ficiere; é luego Grasinda se encomendó á Dios, y entró en el sitio defendido, é con poca premia llegó al padron de cobre, é pasó adelante, é llegando cerca del padron de mármol, fué detenida; mas ella, con premia é gran corazon que allí mostró, mucho mas que de mujer se esperaba, llegó al de mármol; mas de allí fué tomada sin ninguna piedad por

los sus muy hermosos cabellos, y echada fuera del sitio tan desacordada, que no tenia sentido.

Don Cuadrante la tomó consigo, é aunque sabia cierto no ser de peligro aquel mal, no podia excusar de no le pesar mucho dello é haber gran piedad, que este caballero, como ya fuese en mas edad que mozo, é nunca su corazon hobiese cativado en amor de ninguna, desta estaba tan contento é tan enamorado, que pensaba que ninguno mas que él lo podia ser; que lo olvidado de antes con lo presente habian sobre él cargado de golpe; en tal manera, que no diera ventaja á ninguno de los que allí estaban en querer é amar á su señora. Pues luego llegó Olinda la mesurada, trayéndola Agrájes por la mano, que le daba gran esfuerzo, aunque no con mucha esperanza que en sí toviese, que el gran amor ni afición dél á ella no le quitaba el conocimiento de ver que no igualaba á la hermosura de Grimanesa; pero bien pensó que llegaría con las mas delanteras; y llegando al sitio, dejóla de la mano, y ella entró é fué derechamente al padron de cobre, é de allí pasó al de mármol, que nada sintió; mas, como quiso pasar, la resistencia fué tan dura, que por mucho que porfió no pudo mas de una pasada pasar mas adelante, é luego fué echada fuera, como la otra. Melicia entró con gentil continencia é lozano corazon, que así era ella muy lozana é muy hermosa, é pasó por los padrones ambos, tanto, que cuidaron todos que entraria en la cámara; é Oriana, que así lo pensó, fué toda demudada de pesar; mas llegando un paso mas que Olinda, luego fué tollida é sacada sin ninguna piedad, como las otras, tan desacordada como si muerta fuese; que así como mas adelante entran, mucho mas la pena les era dada á cada una en su grado, é así se hacia á los caballeros antes que Amadís lo acabase. Las rabias que don Bruneo por ello hacia á muchos movian á piedad; mas á los que sabian el poco peligro que de allí redundaba, reíanse mucho de lo ver. Esto así fecho, llevó Amadís á Oriana, en quien toda la hermosura del mundo ayuntada era, y llegó al sitio con pasos muy sosegados y rostro muy honesto, é santiguóse é encomendóse á Dios, y entró adelante, é sin que nada sintiese pasó los padrones, é cuando á una pasada de la cámara llegó sintió muchas manos que la pujaban é tornaban atrás, tanto, que tres veces la volvieron hasta cerca del padron de mármol; mas ella no hacia sino con las sus muy hermosas manos desviarlos á un cabo é á otro, é parecíale que tomaba brazos é manos; é así con mucha porfia é gran corazon, é sobre todo su gran hermosura, que muy mas extremada era que la de Grimanesa, como dicho es, llegó á la puerta de la cámara muy cansada, é trabó de uno de los umbrales; entonces salió aquel brazo é mano que á Amadís tomó, é tomó á ella por la una mano, é oyó mas de veinte voces que muy dulcemente cantando dijeron: «Bien venga la noble señora, que por su gran beldad ha vencido la hermosura de Grimanesa, é hará campaña al caballero que, por ser mas valiente y esforzado en armas que aquel Apolidon, que en su tiempo par no tuvo, ganó el señorío desta insola, y de su generacion será señoreada grandes tiempos con otros grandes señoríos que desde ella ganarán.»

Entonces el brazo é la mano tiró, y entró Oriana en la cámara, donde se halló tan alegre como si del mundo fuera señora, é no tanto por su hermosura, como porque, seyendo su amigo Amadís señor de aquella insola, sin empacho alguno le podia facer compañía en aquella hermosa cámara, quitando la esperanza desde allí adelante de se venir á probar ninguna, por hermosa que fuese. Isanjo, el caballero gobernador de aquella insola, dijo entonces: «Señores, los encantamientos desta insola á este punto son todos deshechos, sin ninguno quedar; que así fué establecido por aquel que aquí los dejó; que no quiso que mas durasen de cuanto se hallasen señor é señora que estas aventuras acabasen, como estos señores lo han fecho; é sin embargo alguno pueden allí entrar todas las mujeres, así como lo hacen los hombres despues que por Amadís acabada fué.» Entonces entraron los reyes é reinas, é todos los otros caballeros, é dueñas é doncellas cuantas allí estaban, é vieron la mas rica é mas sabrosa morada que nunca fué vista, é todas abrazaron á Oriana, como si por luen-go tiempo no la hobieran visto; era tanto el placer é alegría de todos, que no tenían memoria de comer, ni de otra alguna cosa, sino de mirar aquella cámara tan extraña. Amadís mandó que luego fuesen en aquella gran cámara traídas las mesas, é así se fizo; é finalmente, los novios é novias, é los reyes é los que allí cupieron, folgaron é comieron en la cámara, donde de muchos é diversos manjares, é frutas de muchas maneras, é vinos, fueron muy bien servidos. Pues venida la noche, despues de cenar en aquel muy hermoso destajo de la cámara que ya vos dijimos en el libro segundo, que era muy mas rico que todo lo otro, y era apartado de la pared de cristal, ficieron la cama para Amadís é Oriana, donde albergaron; é al Emperador é los otros caballeros con sus mujeres por las otras cámaras, que muchas é muy ricas las habia, donde cumpliendo sus grandes é mortales deseos, por razon de los cuales muchos peligros é grandes afanes habian sofrido, hicieron dueñas á las que no lo eran, é las que lo eran no menos placer que ellas hobieron con sus muy amados maridos.

CAPITULO XLV.

De cómo Urganda la Desconocida juntó todos aquellos reyes é caballeros cuantos en la insola Firme estaban, é las grandes cosas que les dijo, pasadas é presentes é por venir, é cómo al cabo se partió.

Cuenta la historia que, pasadas estas grandes fiestas de las bodas que en la insola Firme se ficieron, Urganda la Desconocida rogó á los reyes que mandasen juntar á todos los caballeros é dueñas é doncellas, porque delante dellos les queria decir la causa é razon de su venida; lo cual mandaron que así se ficiere. Pues todos juntos en una gran sala del alcázar, Urganda se asentó aparte, teniendo por las manos aquellos sus dos donceles, é cuando todos callaban, estando esperando lo que diria, dijo: «Mis señores, yo supe, sin que me fuese dicho, esta tan gran fiesta sobre tantas muertes é pérdidas que por vos han pasado; é Dios es testigo, si algo ó todo de aquellos males por mí podieran ser remediados, que por ningún trabajo de mi persona dejara de poner en

ello mis fuerzas; mas como de aquel alto Señor prometido estoviese, fué en mí con su gracia de lo saber, mas no de lo remediar, porque lo que por él es ordenado, sin él ninguno es poderoso de lo desviar; é pues con mi presencia el mal excusar no se podía, acordé con ella de crescer en el bien como yo cuido, segun el gran amor que con muchos de vosotros tengo y el que me teneis, é tambien por declarar algunas cosas que antes de agora vos dije por encobiertas vias, así como lo acostumbro hacer; é creais que verdad vos dije, como en otras cosas que de mí algunas veces de antes habeis oido. Entonces miró contra Oriana é dijo: «Mi buena señora é hermosa novia, bien se vos debe acordar que estando yo con el Rey vuestro padre é la Reina vuestra madre en la su villa de Fenusa, acostada con vos en vuestra cama, me rogastes que os dijese lo que os habia de acaescer, é yo vos rogué que saber no lo quisierdes; pero porque conocí vuestra voluntad, vos dije cómo el león de la insola Dudada habia de salir de sus cuevas, é de sus grandes bramidos se espantarian vuestros aguardadores; así que, él se apoderaria de las vuestras carnes, con las cuales daria á su gran hambre descanso; pues esto claro se debe conocer que este vuestro marido muy mas fuerte é mas bravo que ningun león salió desta insola, que con mucha razon Dudada se puede llamar, donde tantas cuevas é tan escondidas tiene, é con sus fuerzas é grandes voces su flota de los romanos que os aguardaban, desbaratada é destrozada; así que, vos dejaron en sus fuertes brazos, é se apoderó de esas vuestras carnes, como todos vieron, sin las cuales nunca su rabiosa hambre se pudiera contentar ni hartar; é así conoceréis que en todo vos dije verdad.»

Entonces dijo contra Amadís: «Pues vos, buen señor, bien claro conoceréis ser verdad todo lo que á esta sazón vos dije, en que vuestra sangre daria por la ajena, cuando en la batalla de Ardan Canileo el Dudado la distes por vuestros amigos el rey Arban de Norgales é Angriote de Estravaus, que presos estaban; pues la vuestra buena espada, cuando la vistes en manos de vuestro enemigo, con que revolvía vuestra carne é huesos, bien la quisierades antes ver en algun lago donde nunca pareciera; pues el galardón que desto se os siguió; cuál fué? Por cierto no otro sino saña é gran enemistad que redundó de la insola de Mongaza, que á la sazón ganastes, entre vos y el rey Lisuarte, que presente está, como todos muy claro han visto; que esta ganancia vos dije que sacariades dello. Pues las cosas que vos escribí á vos, muy virtuoso rey Lisuarte, al tiempo que ese muy hermoso doncel Esplandian, vuestro nieto, en la floresta hallastes, cazando, con la leona, bien las ternéis en la memoria, é de lo que dije, que es ya pasado, veréis que lo supe porque fué criado de tres amas muy desvariadas, así como la leona é la oveja é la mujer, que todas leche le dieron. Tambien vos fice saber que este doncel pornia paz entre vos é Amadís; esto dejo que se juzgue por vos é por él, cuánta saña, cuánto rigor y enemistad ha quitado de vuestras voluntades la su graciosa é gran hermosura, é cómo por su causa é gran discrecion fuistes de Amadís socorrido en el tiempo que otra cosa sino la muerte esperabades. Pues si tal servicio como este era digno de quitar ene-

mistad é atraer amor, déjolo á estos señores que lo juzguen; pues en las otras cosas, que en su tiempo sucederán, así como la carta vos mostró, quede para los que vivieren que las juzguen; que por lo pasado podrán creer lo porvenir, como cosa ante de mí sabida. Otra profecía vos dije, muy mayor que ninguna destas, en que se contiene todo lo que os acaeció en el entregar de vuestra hija Oriana á los romanos, é los grandes males é crueldades que dello se siguieron, la cual, por vos no traer á la memoria en dias que tanto placer se debe tomar, cosa de que congoja é enojo hayais, la dejo para los que la ver quisieren en el libro segundo: por ella verán claramente ser acaescidas todas las cosas en ella contenidas é dichas por mí primero. Agora, que vos he dicho las cosas pasadas, quiero que sepais lo presente, de que sabiduria no habeis.» Entonces tomó por las manos á los hermosos donceles Talanque é Maneli el mesurado, que así habia nombre, é dijo contra don Galaor y el rey Cildadan: «Mis buenos señores, si algunos servicios é socorros para vuestras vidas de mí recibistes, yo me doy por contenta del galardón que tengo; que harta gloria será para mí, pues que en mi propia persona ninguna generacion engendrar se puede, que fuese yo causa que de las ajenas tan hermosos donceles nasciesen como aquí veis que tengo; que sin duda podeis creer, si Dios los deja llegar á edad de ser caballeros é lograr su caballería, ellos harán tales cosas en su servicio y en mantener verdad é virtud, que no solamente serán perdonados aquellos que contra el mandamiento de la santa Iglesia los engendraron, é á mí, que lo causé, mas sus méritos é merecimientos serán tan crescidos, que así en este mundo como despues en el otro alcanzarán gran descanso en sus personas é ánimas; y porque las cosas que destos donceles sucederán, por mucho que yo dijese no les fallaria cabo, déjolas para su tiempo, que no será muy tardío, segun en la disposicion que la edad de sus personas está.»

Entonces dijo contra Esplandian: «Tú, muy hermoso bienaventurado doncel, Esplandian, que en gran fuego de amor fuiste engendrado por aquellos de quien muy gran parte dello heredaste, sin que de lo suyo solo un punto les falleciese, que la tu tierna é simple edad agora encubierto tiene, toma este doncel Talanque, hijo de don Galaor, y este Maneli el mesurado, hijo del rey Cildadan, é ámalos así al uno como al otro; que aunque por ellos á muchas afrentas peligrosas serás puesto, ellos te socorrerán en otras que ningun otro par á ello bastaria; y esta gran serpiente que aquí me trajejo yo para tí, en la cual serás armado caballero con aquel caballo é armas que en sí ocultas y encerradas tiene, con otras cosas extrañas que en la orden de tu caballería al tiempo que se ficiere manifestas serán. Esta sierpe será guía en la primera cosa que el tu muy fuerte corazón dará señal de su alta virtud; esta, entre grandes tempestades é fortunas, sin peligro alguno, pasará á tí é á otros muchos del tu gran linaje por la gran mar, donde con grandes afrentas é trabajos pagaréis al Señor del mundo algo de la gran merced que dél recibistes; y en muchas partes el tu nombre no será conocido sino por caballero de la Gran Serpiente, é así andarás por largos dias sin ningun reposo haber;

que, demás de las afrentas peligrosas que por tí pasarán, tu espíritu será en toda aflicion é gran cuidado puesto por aquella que las siete letras de la tu siniestra parte, encendidas como fuego, serán leidas é entendidas, é aquel gran encendimiento é ardor que fasta allí han poseído traspasará sus entrañas de tanto fuego, que nunca será amatado fasta que las grandes nubadas de los cuervos merinos pasen de la parte de oriente por encima de las bravas ondas de la mar, é pongan en tan gran estrechura al gran aguilocho, que aun en el su estrecho albergue guarescer no se atreva; y el orgulloso falcón neblí, mas preciado é hermoso que todas las cazadoras aves, junte á sí muchos de su linaje é otras aves que lo no son; é venga en su socorro, é haga tan gran destruicion en los merinos cuervos, que todo aquel campo quede cubierto de su pluma, é muchos dellos perezcan con sus muy agudas uñas, é otros sean alogados en el agua, donde del fuerte neblí y de los suyos serán alcanzados. Estonces el gran aguilocho sacará la mayor parte de sus entrañas, é ponerla ha en las agudas uñas del su ayudador, con que le hará perder y cesar aquella rabiosa hambre que de gran tiempo muy atormentado le ha tenido, é faciéndole poseedor de todas sus selvas é grandes montañas, será retraido en el alcandara del árbol de la santa huerla. A este tiempo esta gran serpiente, cumpliéndose en ella la hora limitada por la mi gran sabiduria, delante todos será sumida en la gran mar, dando á entender que á tí, mas en la tierra firme que en la movible agua, te conviene pasar al venidero tiempo.»

Esto dicho, dijo á los reyes é caballeros: «Buenos señores, á mí conviene ir á otra parte donde excusar no me puedo; pero al tiempo que Esplandian será en disposicion de recibir caballería, é todos estos donceles que junto con él la tomarán, bien sé que á aquella sazón, por un caso que á vos es oculto, seréis aquí juntos muchos de los que agora aquí estáis; é aquel tiempo yo verné, y en mi presencia se fará aquella gran fiesta de los noveles, é vos diré muy grandes é maravillosas cosas de las que adelante vernán; é á todos amonesto que ninguno en sí tome tal osadía de se llegar á la serpiente fasta que yo vuelva; si no, todos los del mundo no le quitarán de perder la vida. E porque vos, mi señor Amadís, teneis aquí preso aquel malo é de malas obras Arcalaus, que se llama el Encantador, é con su mala sabiduria, que nunca fué sino para dañar, vos podria empecer, tomad estos dos anillos, uno será vuestro é otro de Oriana, que mientras en las manos los trajédes, ninguna cosa que por él se haga vos podrá empecer, ni á otro alguno de vuestra compañía, ni sus encantamientos ternán fuerza ninguna mientras preso lo toviédes; é dígovos que lo no mateis, porque con la muerte no pagaria nada de los males por él fechos; mas que lo pongais en una jaula de fierro, donde todos lo vean, é allí muera muchas veces; que muy mas dolorosa es la muerte que á la persona viva deja, que no con la que del todo muere y fenescé.» Entonces dió los anillos á Amadís é á Oriana; que eran los mas ricos é mas extraños que nunca fueran vistos. Amadís le dijo: «Mi señora, ¿qué puedo yo hacer que vuestra voluntad sea, en pago de tantas honras é mercedes que de vos recibo?—No, nada, dijo

ella; que todo cuanto he fecho é ficiere de aquí adelante me lo pagastes al tiempo que mi saber aprovechar no me podia, é me restituistes aquel muy hermoso caballero, que es la cosa del mundo que yo mas amo, aunque él lo hace á mí al contrario, cuando por fuerza de armas vencistes los cuatro caballeros en el castillo de la Calzada, donde me lo tenian, é despues al señor del castillo en la sazón que fecistes caballero á don Galaor, vuestro hermano; é así como con aquel gran beneficio esta mi vida, que sin él sostener no se podiera, fué reparada, así será puesta todos los dias que el Señor muy poderoso en este mundo la dejare por las cosas de vuestro acrecentamiento.» Entonces mandó que se trajesen su palafren, é todos aquellos señores la pusieron en la ribera de la mar, donde sus enanos é batel halló; pues despedida de todos, entró en él, é viéronla cómo á la gran serpiente se tornó, é luego el fumo fué tan negro, que por mas de cuatro dias nunca pudieron ver ninguna cosa de lo que en él estaba; mas en cabo de ellos se quitó, é vieron la serpiente como de antes. De Urganda no supieron qué se fizo.

Esto así fecho, tornáronse aquellos señores á la insola á sus juegos é grandes alegrías que en aquellas bodas se ficeron; finalmente, todas las cosas despachadas, el Emperador demandó licencia á Amadís, porque, si le ploguiese, queria con su mujer tornarse á su tierra á reformar aquel gran señorío que despues de Dios él le habia dado, é que se fuese con él don Florestan, rey de Cerdeña, é que luego le entregaria todo el señorío de Calabria, como lo él mandó, é de lo otro partiria con él como con hermano verdadero; lo cual así se fizo; que despues que este Arquísil, emperador de Roma, llegó en su gran imperio, de todos con mucho amor fué recibido, é siempre tovo en su compañía á aquel esforzado é valiente caballero don Florestan, rey de Cerdeña é príncipe de Calabria, por el cual así él como todo el imperio fué acrecentado é honrado, así como adelante vos contarémos. Despedido este emperador de Amadís, ofresciéndole su persona é señorío á su querer á mandado, llevando consigo á su mujer, que mas que á sí mismo amaba, é á aquel muy noble y esforzado caballero Florestan, que en igual de hermano le tenia, é á la muy hermosa reina Sardamira, é haciendo llevar el cuerpo del emperador Patin é de aquel muy esforzado caballero don Floyan, que en el monesterio de Luvaina estaban, que por mandado del rey Lisuarte allí habian puesto, y el del príncipe Salustanquidio, que al tiempo que Amadís é sus compañeros trajeron allí á la insola Firme á Oriana, lo mandó muy honradamente poner en una capilla para en su tierra les dar las sepolturas que á su grandeza convenia, é á todos los romanos que presos en la insola Firme habian estado. Entrado en la gran flota que el emperador Patin en el puerto de Vindilisora habia dejado, que allí mandó venir, se volvió á su imperio. Todos los otros reyes é señores aderezaron para se ir á sus tierras; pero antes de su partida acordaron de dar orden cómo aquellos caballeros que habian de ir á ganar aquellos señoríos de Sansueña, é del rey Arábigo, é la Profunda Insula, fuesen con tal recaudo, que sin contraste alguno acaba en lo que les convenia.

Amadis habló con el rey Lisuarte, diciéndole que creía, según el tiempo había estado fuera de su tierra, que recibía alguna congoja; que si así era, le pedía por merced que por él mas no se detoviese. El Rey le dijo que antes allí había descansado con mucho placer, pero que ya era razón de se hacer como lo él decía; y que si para aquello que aquellos caballeros iban su ayuda fuese menester, que de grado gela daría. E Amadis gelo agradeció mucho é le dijo que, pues los señores estaban presos, que no sería menester mas aparejo de la gente que con el rey Perion, su señor, allí quedaba, é que si caso fuese que lo suyo fuese necesario, que como de su señor, á quien todos habían de servir, é para ello aquello se ganaba, lo tomaría. El Rey le dijo que pues así le parecía, que luego acordaba de se partir; pero antes hizo juntar todos aquellos señores é señoras en la gran sala, porque les quería hablar. Pues estando todos juntos, el rey Lisuarte dijo al rey Cildadan: «La gran lealtad vuestra, que en las cosas pasadas de muchos peligros é congojas me sacó, aquella me atormenta é aflige, por no saber alcanzar en qué satisfacer se pueda; é si la igualdad del galardón que su gran merecimiento merece se hobiese de dar, en balde sería buscarlo, pues que hallar no se podría; é viniendo á lo posible que es en mi mano, digo que así como vuestra noble persona, por lo que á mi servicio tocó, fué puesta en muchas afrentas, así esta mía, con todo lo que debajo de su señorío está, será con voluntad entera presta á cumplir las cosas que á vuestra honra sean, dejándoos desde hoy en adelante el vasallaje que la contraria fortuna vuestra á mi señorío sometió, para que aquello que hasta aquí con premia se hacía, de aquí adelante, si vuestro placer fuere, sin ella, como entre buenos hermanos, se haga.» El rey Cildadan le dijo: «Si esto se debe agradecer ó no, déjolo que lo juzguen aquellos que tovieron por alguna premia causa de seguir mas la voluntad ajena que la suya, por donde siempre congoja é sospiros les acompañaron. E podeis, mi señor, creer que la voluntad que hasta aquí con desamor por fuerza teníades, que de aquí adelante con amor é mucha mas gente é mas obediencia é acatamiento os seguirá en las cosas que mas agradables vos fueren, y esto quede para el tiempo en que la experiencia lo pueda mostrar.» Todos aquellos grandes señores tovieron á gran virtud lo que el rey Lisuarte hizo, é mucho gelo loaron; mas sobre todos fué don Cuadrante, que nunca en al pensaba sino en cómo aquella lástima y desventura tan grande que sobre aquel reino estaba, donde él natural era, y en otros tiempos muy honrado é señoreado sobre otros fuera, fuese quitada de aquella tan grande é deshonrada servidumbre. El rey Lisuarte le preguntó qué era su voluntad de hacer, porque él acordaba de se volver á su tierra. El respondió que, si le ploguiese, quedaría allí para dar orden cómo su tío don Cuadrante fuese á ganar el señorío de Sansueña, aunque si menester fuese, que iría con él. El Rey le dijo que decía bien, é que le placía que se ficiese, é si alguna de su gente hubiese menester, que luego gela enviaría. El gelo agradeció mucho, é dijo que bien creía que bastaba la que de allí podían enviar, pues que Barsinan estaba preso.

Con esto se partió el rey Lisuarte é su compañía. Amadis é Oriana fueron con él, aunque él no quiso, cerca de una jornada, donde se volvieron á dar orden en aquello que habeis oído, lo cual se concertó en esta manera: que por cuanto el reino del rey Arábigo era comarcano al señorío de Sansueña, que don Cuadrante é don Bruneo fuesen juntos, é luego al comienzo ganasen lo que en mejor disposición é menos fuerte fuese, y que lo otro sería mas ligero de conquistar. Y don Galaor dijo que él se quería ir, é que Dragonis, su primo, se fuese con él, pues que ya á poco tiempo podría tomar armas; que él con todo lo mas que de su reino haber podiese quería ayudarle á ganar aquella Profunda Insola; é don Galvanes le dijo que también quería él hacer aquel mismo viaje, é que de la insola de Mongaza sacaría para ello buena gente. Con este acuerdo se partió don Galaor con aquella muy hermosa reina Briolanza, su mujer, é Dragonis con ellos, é don Galvanes é Madasima á su tierra, para aderezar lo mas presto que podiesen para aquel camino. Agrájes, aunque mucho fué rogado que quedase en la insola Firme con Amadis, no quiso hacer; antes dijo que iría con don Bruneo con la gente del Rey su padre, é que no se partiría dél fasta que en paz rey lo dejase, é así lo hizo don Brian de Monjaste con don Cuadrante é todos los otros caballeros que allí se fallaron, en especial el bueno y esforzado de Angriote de Estravaus, que nunca por cosas que Amadis le dijo porque se fuese á reposar á su tierra, le pudo quitar de no ir con don Bruneo de Bonamar. Todos estos, con armas nuevas é corazones esforzados, llevando consigo la gente de España, é la de Escocia, é de Irlanda, y del marqués de Troque, padre de don Bruneo, é la de Gaula, é la del rey de Bohemia, é otras muchas compañías que allí de otras partes les vinieron, entraron en una gran flota, rogando todos mucho á Grasandor que con Amadis quedase para le hacer compañía, el cual contra su voluntad quedó, que mas quisiera hacer aquel camino; pero no estovo de balde, ni Amadis tampoco; que muchas veces salieron é acabaron grandes cosas en armas, quitando muchos tuertos é agravios que á dueñas é á doncellas se facían, é á otras personas que por sus manos ni facultad no se podían valer, de que fueron requeridos, así como la historia os lo contará adelante.

El rey Cildadan, como mucho amase á don Cuadrante, porfió de ir con él cuanto pudo, mas él no lo consintió en ninguna guisa; antes le rogó que por su amor luego se fuese á su reino, por dar alegría é consolar á la Reina su mujer é á todos los suyos con las buenas nuevas que llevaban; que bien podía decir que si haciendo enteramente su deber había su libertad perdido, que así cumpliendo con su honra á lo que obligado era, por la promesa é jura que hizo la había ganado. Gastiles, sobrino del emperador de Constantinopla, había enviado toda su gente con el marqués Saluder, y quedó él por ver el cabo de aquel negocio en qué paraba, porque al Emperador su señor, contar lo sopiese por entero; é como esto vió que se facía, habló con Amadis é díjole que mucho le pesaba por no tener aparejo de gente para ayudar aquellos caballeros en tal jornada; pero que si él por bien lo toviese,

que él iría con su persona é con algunos de los que le habían quedado. Amadis le dijo: «Mi señor, bastar debe lo fecho, que por causa de vuestro tío é vuestra soy puesto en tanta honra como veis, é á Dios plega, por la su merced, que me llegue á tiempo que gelo yo sirva, é vos, mi señor, partíos luego, é besadle las manos por mí, é decidle que todo cuanto se ganó en esto pasado lo ganó él, é que siempre será á su servicio é de quien él mandare; é también vos comiendo que beseis las manos por mí á la muy hermosa Leonorina é á la reina Menoresa, é decidles que yo cumpliré lo que les prometí, y les enviaré un caballero de mi linaje, de que muy bien se podrán servir.—Eso creo yo bien, dijo Gastiles; que tantos hay en él, que para todo el mundo podrían bastar.» Con esto se despidió, é se metió en su nave, donde por agora no se cuenta mas dél hasta su tiempo.

Concertado é aparejado lo que oído habedes, movió la gran flota del puerto por la mar con todos aquellos caballeros, con aquel esfuerzo que sus grandes corazones les solían dar en las otras afrentas. Amadis quedó en la insola Firme, é Grasandor con él, como dize; é con Oriana quedaron Mabilia, é Melicia, é Olinda, é Gracinda, rogando á Dios que ayudase á sus maridos. El rey Perion é la reina Elisena, su mujer, se tornaron á Gaula. Esplandian y el rey de Dacia é los otros donceles quedaron con Amadis, esperando el tiempo de ser caballeros, é Urganda la Desconocida, que lo había de ordenar, como lo prometió é lo dijo.

Mas agora deja la historia de hablar de aquellos caballeros que iban á ganar aquellos señoríos, é de todas las otras cosas, por contar lo que le avino á Amadis á cabo de algun tiempo que allí estovo.

CAPITULO XLVI.

Cómo Amadis se partió solo con la dueña que vino por la mar por vengar la muerte del caballero muerto que en el barco traía, y de lo que le avino en aquella demanda.

Así como habedes oído quedó en la insola Firme Amadis con su señora Oriana al mayor vicio é placer que nunca caballero estovo, de lo cual no quisiera él ser apartado porque del mundo le ficiesen señor; que así como estando ausente de su señora las cuitas é dolores é congojas de su apasionado corazón sin comparación le atormentaban, no fallando en ninguna parte reparo ni descanso alguno, así extremadamente se tornaba todo lo al contrario estando en su presencia, viendo aquella su gran hermosura, que par no tenía, é así se le fueron todas las cosas pasadas de la memoria, que en al no tenía mientes salvo en aquella buena ventura en que entonces se veía. Pero como en las cosas perecederas deste mundo no haya ni se pueda fallar ningun acabado bien, pues que Dios no lo quiso ordenar, que cuando aquí pensamos ser llegados al cabo de nuestros deseos, luego en punto somos atormentados de otros tamaños ó por ventura mayores, á cabo de algun espacio de tiempo, Amadis tornando en sí, conociendo que ya aquello por suyo sin ningun contraste lo tenía, comenzó á acordarse de la vida pasada, cuánto á su honra é prez fasta allí había seguido las cosas de las armas, é cómo estando mucho tiempo en aquella vida se podría

escurecer é menoscabar su fama; de manera que era puesto en grandes congojas, no sabiendo qué hacer de sí, é algunas veces lo habló con mucha homildad con Oriana, su señora, rogándola muy afincadamente le diese licencia para salir de allí é ir á algunas partes donde creía que sería menester su socorro; mas ella, como se viese en aquella insola apartada de su padre y madre y de toda su naturaleza, é otra consolacion no toviese ni compañía sino á él para satisfacer su soledad, nunca otorgárgelo quiso, antes siempre con muchas lágrimas rogaba que diese algun descanso á su cuerpo de los trabajos que fasta allí había pasado, é asimismo diciéndole que se le acordase cómo aquellos sus amigos eran idos á tan gran peligro de sus personas é gentes como por ganar aquellos señoríos se les podría recrecer, é que si algun contraste allá hobiesen, que estando allí muy mejor que de otra parte les podría socorrer; y con esto é otras cosas muchas de grandes amores trabajaba por le detener. Mas como muchas veces se vos ha dicho en esta historia, que las entrañas deste caballero desde su niñez fueron encendidas de aquel gran fuego de amor, que desde el primero dia que la comenzó á amar le vino, é junto con esto, el gran temor de ninguna cosa la enojar ni pasar su mandamiento, por bien ni por mal que le avenir podiese, con muy poca premia, aunque su deseo gran congoja pasase, era detenido.

Pues ya determinado á cumplir lo que su señora le mandaba, acordó con Grasandor que en tanto que algunas nuevas de la flota les venían, que de allí fuera saliesen á correr monte é andar á caza por dar algun ejercicio á sus personas, lo cual luego fué aparejado; é salían con sus monteros é canes fuera de la insola; que, como se ha os dicho en este libro, había los mejores montes é riberas de osos é puercos y venados, é otras muchas animalías, é aves de río, que en otra tanta parte hallar se podiesen; é cazaban mucho dello, con que á las noches se acogían á la insola con gran placer, así dellos como dellas, y esta vida tovieron por algun espacio de tiempo. Pues así acaesció, que estando un dia Amadis en una armada en la hald de aquella montaña, cerca de la ribera de la mar, esperando algun puerco ó bestia fiera, teniendo por la trailla un muy hermoso can, que él mucho amaba, miró contra la mar é vió de lueñe venir un batel la vía donde él estaba; é cuando mas cerca fué vió en él una dueña é un hombre que lo remaba, é porque le pareció que debía ser alguna cosa extraña, dejó la armada donde estaba, é fuése con su can por la cuesta abajo, colando entre las grandes matas sin que alguno de su compañía le viese; é llegando á la ribera, falló que la dueña é aquel hombre que con ella venía sacaban arrastrando del batel un caballero muerto, armado de todas armas, é le pusieron en tierra, é su escudo cabe él. Amadis, como á ellos llegó, dijo: «Dueña, ¿quién es ese caballero é quién lo mató?» La dueña volvió la cabeza, é aunque con paños de monte lo vió, como los caballeros en tal auto andar suelen, é solo, luego conoció que era Amadis, é comenzó á romper sus tocas é vestiduras, haciendo muy gran duelo é diciendo: «¡Oh señor Amadis de Gaula! acordad á esta triste sin ventura por lo que debeis á caballe-

ría, é porque estas mis manos os sacaron del vientre de vuestra madre, é hicieron el arca en que en la mar fuistes echado porque la vida se salvase de aquella que vos parió; acorredme, Señor, pues que para acorrer é remediar los atribulados é corridos en este mundo nascistes, en tanta amargura como sobre mí es venida.» Amadís hobo muy gran duelo de la dueña, é como le oyó aquellas palabras, miróla mas que antes, é luego conoció que era Darioleta, la que se falló con la Reina su madre al tiempo que él fué engendrado é nacido, de lo cual mucho mas el dolor le creció; y llegóse á ella, é quitándole las manos de los cabellos, que la mayor parte dellos eran blancos, le preguntó qué cosa era aquella por que así lloraba é tan duramente sus cabellos mesaba; que gelo dijese luego, y que no dejaría de poner su vida al punto de la muerte porque su gran pérdida reparada fuese. La dueña cuando esto le oyó fincóse delante dél de hinojos é quisole besar las manos, mas él no gelas quiso dar, y ella le dijo: «Pues, Señor, cumple que, sin á otra parte ir donde algun estorbo hayais, entreis luego conmigo en este batel, é yo vos guiaré donde mi cuita remediar se puede, é por el camino la mi desventura os contaré.» Amadís, como tan aquejada la vió é con tanta pasión, bien creyó que la dueña había pasado por gran afrenta; é como desarmado se viese, sino solamente de la su muy buena espada, y que si por sus armas enviase, Oriana lo deternia, de manera que no podría ir con la dueña, acordó de se armar de las armas del caballero muerto, é así lo fizo, que mandó á aquel hombre que lo desarmase, é armase á él, lo cual luego fué hecho; é tomando la dueña consigo y el hombre que remaba, se metió prestamente en el batel, y queriendo partir de la ribera, acaso llegó un montero de los de su compañía, que iba tras un venado que iba herido, y se le acogiera á aquella parte que las matas eran muy mas espesas, al cual, cuando Amadís lo vió, llamólo é dijole: «Di á Grasandor cómo yo me voy con esta dueña que aquí agora aportó, y que le demando perdon; que la gran pérdida é priesa suya me quita que no lo pueda hablar ni ver, y que le ruego que faga enterrar este caballero, y me gane perdon de Oriana, mi señora, porque sin su mandado fago este viaje; crea que no he podido hacer al que gran vergüenza no me fuese.» E dicho esto, partió el batel de la ribera á la mas priesa que llevar se pudo, é andovieron todo aquel día é la noche por la via que allí la dueña había venido.

En este comedio preguntó Amadís á la dueña que le dijese la priesa é afrenta en que estaba, para que su acorro tanto había menester, la cual, llorando muy agramente, le dijo: «Mi señor, vos sabréis que al tiempo que la Reina vuestra madre partió de Gaula para ir á esta vuestra insola á las bodas vuestras y de vuestros hermanos, ella envió un mensajero á mi marido é á mí á la pequeña Bretaña, donde por su mandado estamos por gobernadores, por el cual nos mandó que en viendo su carta nos viniésemos tras ellos á la insola Firme, porque no era razon que tales fiestas sin nosotros pasasen; y esto lo causó la su gran nobleza y el mucho amor que nos tiene, mas que nuestros merecimientos. Pues habido este mandamiento, luego mi marido y aquel desventurado de mi hijo que allá dejamos muerto, cu-

ya son esas armas que llevais, é yo entramos con buena compañía de servidores en la mar en una nave asaz grande; é navegando su tiempo, el cual, por la nuestra contraria fortuna, se mudó de tal manera, que nos fizo desviar de la via que traíamos gran parte, é nos trajo á cabo de dos meses y de muchos peligros que con aquella gran tormenta nos sobrevinieron, una noche por gran esfuerzo del viento á la insola de la Torre Bermeja, donde es señor della el gigante llamado Balan, mas bravo y mas fuerte que ningun gigante de todas las insolas; é como al puerto llegamos, no sabiendo en qué parte éramos arribados, cuanto alguna pieza nos detovimos por guarecer allí en aquel puerto, luego en la hora gentes de la insola en otras fustas nos cercaron, de manera que fuimos todos presos y tenidos allí fasta la mañana que al gigante nos llevaron, el cual como nos vió preguntó si venia entre nos algun caballero. Mi marido le dijo que sí, que él lo era, é aquel otro que cabe él estaba que era su hijo. —Pues, dijo el Gigante, conviene que paseis por la costumbre de la insola. —Y ¿qué costumbre es? dijo mi marido. —Que os habeis de combatir conmigo uno á uno, dijo el Gigante, é si cualquier de vos os podierdes defender una hora, seréis libres y toda vuestra compañía; é si fuéredes vencidos, en aquella hora seréis mis presos; pero quedaros ha alguna esperanza á vuestra salud si como buenos probáredes todas vuestras fuerzas; mas si por ventura vuestra cobardía fuere tan grande que en esta aventura de tomar la batalla no vos deje poner, seréis metidos en una cruel prision, donde pasaréis grandes angustias en pago de haber tomado orden de caballería, teniendo en mas la vida que la honra ni las cosas que para tomar jurastes. Agora vos he dicho toda la razon de lo que aquí se mantiene; escoged lo que mas vos agradare. —Mi marido le dijo: —La batalla queremos; que de balde traeríamos armas si por espanto de algun peligro dejásemos de hacer con ellas aquello para que fueron establecidas. Mas ¿qué seguridad ternémos, si fuéremos vencedores, que nos será guardada la ley que decis? —No hay otra, dijo el Gigante, sino mi palabra, que por mal ni por bien nunca á mi grado quebrada será; antes me consentiré quebrar por el cuerpo, é así lo tengo hecho jurar á un mi hijo que aquí tengo, é á todos mis servidores é vasallos. —En el nombre de Dios, dijo mi marido, hacedme dar mis armas é mi caballo, é á este mi hijo tambien, é aparejadvos para la batalla. —Eso, dijo el Gigante, luego será fecho. —Pues así fueron armados ellos y el Gigante, y puestos á caballo en una gran plaza que está entre unas peñas á la puerta del castillo, que es muy fuerte.

Entonces el malaventurado de mi hijo rogó tanto á su padre, que á mal de su grado le otorgó, la primera justa, en la cual fué del Gigante tan duramente encontrado, que así á él como al caballo derribó tan crudamente, que el uno y el otro á un punto perdieron la vida. Mi marido fué para él y encontróle en el escudo, mas no fué sino como dar en una torre; y el Gigante llegó á él, é trabóle tan recio por el un brazo, que, como quiera que él sea dotado de alta fuerza, segun su grandeza de cuerpo y de edad, así lo sacó de la silla como si un niño fuera. Esto fecho, mandó dejar á mi

fijo muerto en el campo, é á mi marido é á mí, é una nuestra hija que traíamos para que sirviese á Melicia, vuestra hermana, nos hizo llevar suso al alcázar, é á nuestra compañía mandó meter en una prision. Cuando yo esto vi comencé, como mujer fuera de sentido, que así lo estaba en aquella hora, á dar gritos muy grandes y decir: —Oh rey Perion de Gaula! agora fueses tú aquí ó alguno de tus hijos, que bien me cuidaria contigo ó con cualquier dellos salir desta tan gran tribulacion. —Cuando el Gigante esto oyó dijo: —¿Qué conocimiento tienes tú con ese rey? ¿Es este por ventura el padre de uno que se llama Amadís de Gaula? —Si es, por cierto, dije yo; é si cualquier dellos aquí estoviese no serias poderoso de me facer ningun desaguisado, que ellos me ampararian como aquella que todos mis dias gasté y despendí en su servicio. —Pues si tanta fianza en ellos tienes, dijo él, yo te daré logar que lames aquel que te mas agradare; é mas me placiera que fuese Amadís, que tanpreciado es en el mundo, porque este mató á mi padre Madanfubul en la batalla del rey Cildadan y del rey Lisuarte, cuando se el brazo fuera de la silla al mesmo rey Lisuarte nevaba é se iba con él á las barcas; y este Amadís, que á la sazón Beltenebros se llamaba, lo siguió, é como quiera que en defensa de su señor y de los de su parte pudo herir, sin que mi padre le viese, á su salvo, no se le debe contar á gran esfuerzo ni valentía, ni á mi padre á gran deshonra; é si deste, que tan famoso es é tanto has servido, te quieres valer, toma aquel barco con un marinero que yo te daré para le guiar, é búscalo, é porque mas su saña é gana de te vengar se encienda, llevarás aquel caballero tu fijo armado é muerto como está, é si él te ama como tú piensas, y es tan esforzado como todos dicen, veyendo esta tu gran lástima, no se excusará de venir. —Cuando yo esto le oí díjele: —Si yo fago lo que dices, é trayo aquel caballero á aquesta tu insola, ¿por dónde será cierto que le manternás verdad? —Deso, dijo, no tengas ni él tenga cuidado; que aunque en mí haya otras cosas de mal y de soberbia, esto he mantenido é manterné todo el tiempo de mi vida, de antes la perder que mi palabra falezca de aquello que prometiere, la cual yo te doy para cualquiera caballero que contigo viniere, é mucho mas entera si fuere Amadís de Gaula, que no haya de qué se temer sino de mi persona sola á mi grado. —Pues yo, Señor, veyendo esto que el Gigante me dijo, é á mi fijo muerto, é mi marido é mi señor é mi fija presos, con toda nuestra compañía, heme atrevido á venir en esta manera, confiando en nuestro Señor y en la buena ventura vuestra, y en la crueza de aquel diablo, que tanto contra su servicio es, que me dará venganza de aquel traidor con gran prez de vuestra persona. —Amadís, cuando esto oyó, mucho le pesó de la desventura de la dueña, que mucho de su padre el rey Perion é de la Reina su madre é de todos ellos era amada, y tenida por una de las buenas dueñas de todo el mundo de su manera; é asimesmo tovo por grande afrenta aquella, no tanto por el peligro de la batalla, aunque grande era, segun la fama de aquel Balan, como por entrar en su insola, y entre gente donde le convenia estar á toda su mesura; pero poniendo su fecho todo en la mano

LC.

de aquel Señor que sobre todos la tiene, é habiendo gran piedad de aquella dueña y de su marido, la cual nunca de Horar cesaba, pospuesto todo temor, con muy gran esfuerzo la iba consolando, é diciéndole que muy presto seria reparada y vengada su pérdida, si Dios por bien lo toviese que por él se pudiese acabar. Pues así como ois andovieron dos dias é una noche, é al tercero dia vieron á su siniestra una insola pequeña con un castillo que muy alto parecia. Amadís preguntó al marinero si sabia cúa fuese aquella insola; él dijo que sí, que era del rey Cildadan, y que se llamaba la insola del Infante. «Agora nos guía allá, dijo Amadís, porque tomemos alguna vianda; que no sabemos lo que acaecer podrá.»

Entonces volvió el barco, é á poco rato llegaron á la insola, é cuando fueron á pié de la peña, vieron descender por la cuesta ayuso un caballero, é como á ellos llegó saludólos, y ellos á él; y el caballero dela insola preguntó quién era. Amadís le dijo: «Yo soy un caballero de la insola Firme, que vengo por dar derecho á esta dueña, si la voluntad de Dios fuere, de un tuerto y desaguisado que acá delante en otra insola rescibió. —¿En qué insola fué eso? dijo el caballero. —En la insola de la Torre Bermeja, dijo Amadís. —E ¿quién le fizo ese tuerto?» dijo el caballero. Dijo Amadís: «Balan el gigante, que me dicen que es señor de aquella insola. —Pues ¿qué enmienda le podeis vos solo dar? —Combatirme con él, dijo Amadís, y quebrantarle la soberbia que á esta dueña ha fecho é á otros muchos que gelo no merecieron.» El caballero se comenzó á reir, como en desden, é dijo: «Señor caballero de la insola Firme, no se ponga en vuestro corazon tan gran locura en querer de vuestra voluntad buscar aquel de quien todo el mundo huye; que si el señor desa insola donde venis, que es Amadís de Gaula, é sus dos hermanos don Galaor é Florestan, que hoy son la flor y el cabo de los caballeros del mundo, todos tres viniesen á se combatir con este Balan, les seria tenido á gran locura de aquellos que le conocen; por eso yo os consejo que dejéis este camino; que de vuestro mal é daño habria pesar, por ser caballero é amigo de aquellos á quien tanto ama y precia el rey Cildadan, mi señor, que me han dicho que él y el rey Lisuarte son ya concertados con Amadís, é no sé en qué forma, sino tanto que soy certificado que quedaron en mucho amor é concordia; é si como lo habeis comenzado lo seguís, no es otra cosa, salvo iros conocidamente á la muerte.» Amadís le dijo: «La muerte ó la vida en las manos de Dios están, é á los que quieren ser loados sobre los otros conviene que se pongan é acometan cosas peligrosas é las que los otros no osan acometer; y esto no lo digo yo por me tener por tal, mas porque lo deseo ser; é por esto vos ruego, caballero, señor, que me no pongais mas miedo del que yo trayo, que no es poco; é si vos ploguiere, por cortesía me socorrais con alguna vianda de que nos podamos ayudar, si algun entrevale viniere. —Esto haré yo de buen grado, dijo el caballero de la insola; é mas haré: que por ver cosa tan extraña, quiero tenervos compañía hasta que vuestra ventura, buena ó mala, pase con aquel bravo gigante.»